

DE LO POCO QUE TENGO CLARO cuando voy a escribir un cuento es que nada de lo que he escrito anteriormente me va a servir de nada. Cada cuento que escribo es el primer cuento que escribo.

Antes de empezar a escribir un cuento, sé cómo empieza y, más o menos, cómo termina. Ese camino desconocido entre dos puntos conocidos lo tengo que ir descubriendo poco a poco.

No tengo una estética, o un decálogo, o cosa parecida, que me imponga seguir cuando escribo un cuento. No tengo un manual de instrucciones. Lo más que puedo hacer es examinar a posteriori mis cuentos y tratar de extraer las claves de lo que he escrito.

Por ejemplo, tengo mucha tendencia a la brevedad. Seguramente hay mucho en ello de temperamento, de gusto innato. Pero creo que no es solo eso. Chejov dice en una de sus últimas cartas: “Nada de lo que escribo últimamente me parece suficientemente breve”. Todo cuento debe ser lo más corto posible, aunque eso unas veces lleva treinta páginas y otras unas pocas líneas. Y eso creo que está en relación con la búsqueda de la unidad mínima narrativa. La búsqueda de la narración más breve que siga siendo narración y que contenga elementos significativos. Me interesa conseguir los mayores efectos con las menores causas. Intento que unas pocas palabras (no olvidemos lo que decía Stevenson: un personaje literario solo es una secuencia de palabras) se transformen en emociones. Y cuando digo breve no quiero decir simple. Los mejores cuentos son complejos como novelas comprimidas.

¿Por qué algunas de mis historias son tan atroces? No lo sé. Quizá como exorcismo, para que no me alcancen. Aunque quizá sea otra la razón. Chesterton dijo una vez: “Sigo prefiriendo las novelas en las que una persona mata a otra. La muerte es uno de los lazos espirituales más fuertes de la Humanidad. Un relato en el que no ocurre alguna muerte es un relato sin vida.” Ahora bien, he podido observar que, aunque algunas de mis historias a menudo son duras, hasta brutales, creo que siempre hay un fondo de compasión, de piedad, en lo que se nos cuenta, o en la forma en que se nos cuenta. Creo que siempre hay una visión compadecida, o conmovida, del mundo.

También es muy habitual en muchos de mis cuentos que se diga que tal personaje ignora tal cosa. “Fulano no sabe que...” “Zutano ignora que...”, se lee con frecuencia. Durante mucho tiempo me he preguntado por qué. Creo que hay dos razones: una, porque para ser plenamente, uno tiene que ignorarse a sí mismo —algo así dice García Calvo—. La otra es que es posible que ese pro-

cedimiento busque un efecto dramático mediante un mecanismo muy parecido al del suspense, que nos muestra, por ejemplo, cómo alguien coloca una bomba debajo de una mesa sin que se enteren los que están sentados a ella. Es decir, el lector, o el espectador, sabe cosas que el personaje ignora. Eso crea una tensión que hace que el lector, o el espectador, no pierda interés. Algo así, a un nivel mínimo, apenas visible, creo que ocurre en muchos de mis cuentos.

Mezclo elementos realistas y fantásticos. Me parece que el universo es tan complejo que cuando se intenta dar cuenta de él mediante procedimientos estrictamente realistas lo que se obtiene es una simplificación. El realismo literario está muy alejado de la realidad, es poco menos que literatura fantástica. A pesar de su apariencia, mis cuentos (bastante figurativos, por decirlo en términos pictóricos) no son realistas. Reflejan más un paisaje mental que un paisaje natural. Están más cerca del expresionismo, o del simbolismo, que del realismo.

A menudo mezclo personajes reales con personajes ficticios. Introduzco falsificaciones para hacer más creíbles los elementos imaginarios, la ficción. En literatura a la verdad se llega por la mentira. En el fondo escribir no es más que un juego, pero es un juego en el que se dicen cosas que nos importan mucho, un juego bastante serio. Escribir es una forma de reflexionar. Toda narración es una reflexión. Por poner un ejemplo muy simple, *El patito feo* es una reflexión.

En muchos de mis cuentos se producen revelaciones. No en un sentido religioso. Tampoco grandes revelaciones. Sino pequeñas, modestas revelaciones. Un personaje de pronto tiene la súbita conciencia de que la vida, el mundo, es otra cosa. La visión súbita de algo misterioso e inexplicable. Un momento en el que algo o alguien encuentra un sentido. Revelaciones escondidas, a la vista de casi nadie, que casi no lo parecen.

Intento no maltratar al lector con oscuridades. Pero también confío en que ponga bastante de su parte. Así me evito ser prolijo.

En cuanto al estilo, o, mejor, al lenguaje empleado, huyo de lo rebuscado y busco la naturalidad. Intento que todo parezca fácil. Creo que escribir es soñar sinceramente y que se escribe a pesar de las palabras, no gracias a ellas, que las palabras estorban. Aunque, paradójicamente, sea en ellas en las que descansa toda la fuerza de una historia. Quizá estorban durante el proceso. Y una vez concluido son ellas las que lo sostienen todo. Es muy misterioso.

Creo en las musas, tan desacreditadas hoy, cuando todo el mundo repite que en el trabajo literario el noventa por ciento es transpiración y el diez por ciento inspiración. No digo que no haya que trabajar, y mucho. Pero si solo hay trabajo, sin más, seguramente no se llegará muy lejos. La escritura tiene que tener un punto de arrebató, de locura, que el autor no sabe de dónde viene, que se le regala, como ocurre con los sueños.

Emilio Gavilanes